



G. Staal

Imp. P. Chardon aîné, No. 1. Montfaucon, Paris.

H. Pyles.

POCAHONTAS⁽¹⁾.



« Bien, como en mal, el amor es la pasión que en las mugeres ejerce mayor influencia, unas veces inspirándoles grandes virtudes, y precipitándolas otras al vicio y al crimen. Sirva de ejemplo de la pureza y poderío de aquel sentimiento, sobre todo cuando á encenderse llega en un generoso corazón, la historia de la jóven India *Pocahontas*.

Si damos crédito á la tradición de los desiertos norte-americanos, fué aquella cobriza virgen un acabado modelo de la belleza humana, tal como su raza la comparte. Esbelto y flexible el cuerpo como el tronco de una elegante palma; pequeña y delicada la cabeza reposando preciosamente en los mórbidos hombros; negras las cejas, y destilando viva lumbre al través de las pobladas pestañas, las ondulaciones de sus expresivos ojos que á Fidiás desesperara: tal se nos retrata á Pocahontas, desde la abundante negra cabellera, sin mas adornos que sus propias trenzas y pintadas cejas en

(1) Esta y la siguiente biografía, están en el libro *Les Indes occidentales* de M. de La Harpe, y en el de las originalmente escritas en inglés por Miss S. M. M. no tiene el original á la vista.



POCAHONTAS⁽¹⁾.



n bien, como en mal, el amor es la pasión que en las mugeres ejerce mayor influencia, unas veces inspirándoles grandes virtudes, y precipitándolas otras al vicio y al crimen. Sirva de ejemplo de la pureza y poderío de aquel sentimiento, sobre todo cuando á encenderse llega en un generoso corazón, la historia de la jóven India *Pocahontas*.

Si damos crédito á la tradición de los desiertos norte-americanos, fué aquella cobriza vírgen un acabado modelo de la belleza humana, tal como su raza la compartía. Esbelto y flexible el cuerpo como el tronco de una elegante palma; pequeña y delicada la cabeza reposando graciosamente en los mórbidos hombros; negros los ojos, y destellando vívida lumbre al través de las pobladas pestañas; facciones de una expresión que á Fídias desesperara: tal se nos retrata á Pocahontas suelta la abundante negra cabellera, sin mas adornos que matizadas flores y pintadas conchas en

(1) Esta y la siguiente biografía, están en el libro que traducimos, traducidas á su vez de las originalmente escritas en inglés por Miss Clarke: sentimos no tener el original á la vista.

el tocado como en brazaletes y ajorcas, pero vistiendo el manto de extraña forma cuya guarnicion de armiño ó piel de cisne, revelaba en ella la hija de un selvático Monarca.

Era un dia de otoño del año 1606 cuando la jóven Princesa, que entonces, saliendo apenas de la adolescencia, atesoraba en sí cuanto la infancia y la pubertad tienen de seductoras dotes, vió llegar ante los muros de Gazan que circundaban en Werowocomoco la mansion de su padre el Rey Pawhatan, una tropa de trescientos Indios que con mesurado paso escoltaba la persona de un prisionero de guerra, cuya importante captura iba á solemnizarse con regia pompa.

¿Quién era, pues, el importante cautivo? — Un soldado aventurero, Juan Smith, segundo jefe de una banda de emigrados ingleses, pocos meses antes llegada á las playas del golfo de Chesapeake, con el propósito de fundar en aquellos parages una colonia.

Soldado desde la infancia, habíase ya Smith señalado por su bravura en las guerras de Alemania contra el Turco, contándose de él, entre otras hazañas dignas de los tiempos heróicos, la de haber vencido y dado muerte sucesivamente en singular combate, en los llanos de Rigall (Transilvania) á tres esforzados campeones turcos que osaron con él medir sus fuerzas. Las cabezas, los caballos y las armas de los vencidos, le fueron adjudicados como botin y trofeo de su victoria.

En cuanto á sus personales atractivos, bástenos decir que su retrato que le representa á la edad de treinta y siete años, y se conserva en Londres, explica bien que un decenio antes bastara su varonil belleza á seducir los sentidos y cautivar el corazon de una sencilla candorosa virgen. Por lo demás entre las extrañas y peligrosas aventuras del Inglés andante, ninguna mas singular y amenazadora, que la que á merced le ponía de una horda de salvages americanos, cuyo Gran Jefe Pawhatan, duro y feroz por naturaleza, déspota por hábito, acostumbrado como lo estaba, al temor cobarde y adulacion servil de sus bárbaros vasallos, puede decirse que era un compendio de las mas terribles dotes de una raza características. Solo un sentimiento humano parecia tener cabida en aquel durísimo corazon; un amor sin limites á la hija que de báculo en su vejez le servía, á la hermosa cuanto simpática Pocahontas.

Mas que probable parece que la virgen del desierto conociera ya por la fama de sus hechos al célebre guerrero de la odiada raza de *Pálido-Rostro*, que tantas veces triunfara de la fuerza ó se burlara de las astucias de los cobrizos campeones: mas tenemos por cierto que cuando le vió por vez primera, fué sin duda el dia á que nos referimos, y precisamente en situacion y condiciones que no pudieron menos de confirmar y acrecer la admiracion que ya sus hazañas podian haberla inspirado. El valor de Juan Smith, en efecto, era tan natural en su ánimo, que no había circunstancias por temibles que fuesen capaces de abatirlo. Así aunque extenuado por el cansancio, y herido, y apenas cubiertas las carnes con un pedazo de lienzo que la compasion de un Indio por él anteriormente favorecido le echara sobre los hombros, el intrépido aventurero, despreciando la muerte, caminaba en medio de los salvages, con toda la serenidad, con toda la audaz altivez de que tantas pruebas tenia dadas.

Un grito, semejante al rugido de una manada de tigres, saludó la entrada del prisionero en el Wigwam (Campamento ó Aldea) de los salvages: estremeciósse en sus cimientos la habitacion del cobrizo Régulo, pero el semblante del cautivo permanecié impasible.

Recibióle Pawhatan, rodeado de su corte compuesta toda de Indios guerreros, para la ceremonia preparados con cuanto de formidable cabe en sus bélicos atavíos. Todos tenían los rostros con horrendos dibujos desfigurados; todos ornadas las frentes de vistosas plumas, y todos á manera de manto llevaban de los hombros pendientes las pieles de alimañas diversas; mas algunos, ferozmente fanfarrones, habíanse de las orejas colgado á manera de zarcillos, pequeñas pero vivas serpientes, las cuales ora á la garganta se les ceñían, ora las venenosas cabezas á los labios de sus dueños aproximaban.

Rivalizando unos con otros en ferocidad, esmerábanse los salvages en hacer ostentacion de su fuerza muscular, como de su destreza en el manejo de las armas que incesante y rápidamente blandian; y con la falta de generosidad propia de su inculto estado, hasta con las miradas, que sin tregua lanzaban de sus negros rasgados ojos, procuraron inspirarle á su cautivo un terror, que sin duda sintiera, á no haberle dado el cielo un valor á toda prueba.

Sentado delante de una grande hoguera, segun la costumbre, y envuelto en una especie de larga túnica de pieles, Pawhatan, robusto y bien proporcionado, aunque ya anciano y blanco enteramente el cabello, ostentábase grave y de siniestro aspecto, teniendo á su lado á Pocahontas y otra Princesa su menor hermana, é inmediatamente detrás dos apiñadas filas de guerreros, á espaldas de los cuales se veian otras dos de mugeres, todas con el rostro, hombros y pecho de rojo pintados, algunas con tocados de plumas de varios colores, y sin faltarle á ninguna de ellas la distincion de algun extraño adorno, amen de un magnifico collar de perlas.

Ocupado que hubo cada cual su puesto en el Wigwam, la Reina Appamatuck sirvió al prisionero el agua para lavarse las manos, y otra dama en vez de tohalla para enjugárselas, un manojo de blandas plumas. Inmediatamente después de aquella ceremonia celebróse consejo, y terminada su deliberacion, trajéronse y colocáronse á los piés de Pawhatan, dos grandes piedras ó *pawcoranzas*, llamadas *de los sacrificios*, y cuyo solo nombre bastaba para que el cautivo comprendiese la suerte que le esperaba.

Ya los salvages agrupándose apiñados clamaban en altas voces para que el homicidio se consumara sin demora, cuando inesperadamente Pocahontas á piedad movida, arrojóse á las plantas de su padre, pidiéndole con desesperado acento la vida del cautivo: mas vanas fueron sus elocuentes súplicas, inútiles sus amargas lágrimas; Pawhatan, aquella vez insensible á la agonía de su predilecta hija, hizo una seña á los ejecutores de su voluntad suprema, los cuales obedeciendo prestamente, precipitáronse sobre el prisionero, dando con su cuerpo en las funestas piedras, y alzando en seguida el amenazador tomahawk (hacha de combate).

Vibraba en el aire el arma fatal pronta á herir la garganta de la víctima... Iba á caer... Ya caía: cuando Pocahontas, abriéndose paso desesperadamente por entre la muchedumbre de los verdugos, lanza un grito desolador, y presta como la luz misma, arrojase sobre la piedra del sacrificio, se abraza con el aventurero, y no pudiendo de otra manera escudarle, ofrece desnuda su bellissima garganta al hacha homicida. Llenos de ira los fanáticos sacerdotes del culto pagano, de saña los vengativos

guerreros, de espanto acaso y de indignacion tambien las mugeres mismas, reclaman su presa, y braham, y vocean: todo es inútil: Pocahontas defiende al cautivo como el águila los hijuelos en su nido; y Pawhatan mismo, vencido al fin por el dolor inmenso de su amada hija, es humano una vez en su vida. A la temida voz del Régulo cesa como por encanto el furioso clamoreo, las pasiones mismas parecen rendirse á su yugo, y el silencio y la obediencia vuelven á reinar en el Wigwam. « Viva, » dice Pawhatan; viva el prisionero: ocupáremoslo en fabricarnos armas, y preparar adornos de perlas y cascabeles para nuestras mugeres. »

Advirtamos sin embargo que el sagaz salvage, capitulando con los malos instintos de sus vasallos, como todos los déspotas tienen que hacerlo, concedió á sus sacerdotes y guerreros el placer de experimentar la fortaleza moral y fisica del indultado, con diversas pruebas, todas crueles por de contado, á que en la selva le sometieron sin misericordia alguna. Dichosamente para Smith, no le abandonó entonces el denuedo de que en combates y desdichas habia ya dado antes inequívocas muestras; y al siguiente dia permitiósele en fin ir á incorporarse con sus compatriotas en el fuerte de James-Town.

La fuerza y el valor personal son de tan superior importancia entre los salvages, que acreditarlas, aun en contra de ellos, es el único medio seguro, pero tambien el infalible de conquistar su estimacion y afecto. Así Smith fué desde aquella su terrible aventura el predilecto de la tribu de Pawhatan, quien no solo permitió á Pocahontas que, acompañada de sus criadas, fuese á visitarle al fuerte, y llevara una gran cantidad de provisiones de que los hambrientos colonos tenian grandisima necesidad, sino que desde entonces le consideró como su mejor amigo.

Establecidas así frecuentes relaciones entre unos y otros, fuese rápidamente acreciendo la influencia sobre la barbarie, hasta que al cabo algunas predicciones de Smith, tan fáciles de hacer como, por ejemplo, la llegada de un cierto capitan Newport á James-Town, determinaron á los Indios á rendirse al culto del verdadero Dios abrazando la religion cristiana.

Que el capitan Smith, hombre verdaderamente notable por sus dotes eminentemente simpáticas; que un hombre que la campaña anterior á su